

AÑO V
Martes 1º de septiembre
de 1970 — Nº 112
Precio: Eº 5.—
en todo el país.

punto **FINAL**

4 DE SEPTIEMBRE

LOS VOTOS + EL FUSIL

REPORTAJE ESPECIAL

**raul
sendic y los
tupamaros**

Los votos, más el fusil

EL 4 de septiembre no será una simple fecha en el calendario político-electoral de Chile. Puede ser —por ejemplo— el día del triunfo de una coalición electoral de izquierda. La candidatura del Dr. Salvador Allende plantea iniciar la construcción del socialismo, liberando a nuestro país del imperialismo y de los monopolios. Es por eso que aun quienes consideramos que el método electoral no es el más idóneo para alcanzar ese propósito, hemos asumido la actitud de apoyar la lucha de las masas, procurando al mismo tiempo no entorpecer la táctica utilizada por quienes dirigen ese proceso. PF ha señalado con toda claridad que, poniendo a un lado discrepancias y críticas legítimas, queda en pie que los intereses de los trabajadores, en lo electoral concreto, están representados por la Unidad Popular.

Más todavía: si la UP alcanza la victoria, como debería ser ya que jamás los estrategos de la vía pacífica habían logrado estructurar una coalición electoral más vasta, comenzará una etapa erizada de asechanzas que los trabajadores tendrán que afrontar unidos.

Sólo una combativa unidad bajo una dirección revolucionaria lúcida, podrá hacer respetar los resultados de la elección. La historia no conoce una situación de traspaso pacífico de poder desde las clases dominantes a las clases explotadas. Lo saben vastas capas de trabajadores chilenos, que, además, no ignoran que nuestro país pertenece a un continente que el imperialismo considera una prolongación de sus fronteras.

La evidencia de que el imperialismo no ha cambiado su naturaleza agresiva y de que la burguesía tampoco hará cesión de sus privilegios sin oponer resistencia, ha llevado a algunos sectores a preparar la defensa de una posible victoria electoral. Aun

cuando deficiente y tomada con retraso, esa preocupación es adecuada.

Puede restarle efectividad, sin embargo, el prolongado periodo de dirección reformista que pesa sobre las masas.

Es correcto, no obstante, recalcar que para iniciar la construcción del socialismo no bastan los votos. Se necesitan también los fusiles que hagan respetar la voluntad del pueblo trabajador.

Si la Unidad Popular es derrotada, o si su triunfo es escamoteado por los "brujos" que manejan los secretos del aparato electoral, de todos modos se abrirá una nueva perspectiva.

El camino hacia el socialismo no estará cerrado. Pero, en cambio, quedará cancelada una táctica cuya aplicación en América latina está quedando reducida al solitario y dudoso caso chileno.

En cualquiera de las dos eventualidades, la situación se caracteriza por las ricas posibilidades que brinda a las fuerzas revolucionarias, que operan dentro y fuera de los partidos de la Unidad Popular.

En ninguna de las dos alternativas —victoria o fracaso electoral— esas fuerzas de creciente desarrollo podrán estar ausentes.

La situación —en extremo fluida y compleja— va a requerir claridad en un análisis que forzosamente se elaborará al calor de los acontecimientos. Pero si se posee una línea central de orientación —cual es la lucha por la conquista del poder— ese análisis y las decisiones correctas se verán facilitadas.

La vía pacífica, o electoral, afronta el 4 de septiembre una prueba de fuego. Lo más probable es que no pueda imponerse dentro de los marcos tradicionales de la política reformista.

Las aspiraciones populares amenazan hacer saltar el esquema tradicional. Tales aspiraciones, que se orientan al socialismo, son aplastadas por los métodos compulsivos que usa la burguesía. Esos métodos van desde una supermonstruosa publicidad reaccionaria, financiada en gruesa proporción por las compañías imperialistas, hasta

las amenazas golpistas, pasando por el peligro evidente de un fraude o de maniobras politiqueras a nivel del Congreso Nacional.

La acumulación de legítimas esperanzas, frustradas en sucesivos torneos electorales, está emergiendo vigorosa en capas de trabajadores que logran deshacerse de la falsa conciencia creada por la ideología dominante.

No será fácil al reformismo controlar ese proceso, aunque intentará —como otras veces— desviarlo hacia las playas de un compromiso apaciguador.

Por otra parte, una derrota electoral que resulte inapelable para quienes dirigen la Unidad Popular, también hará entrar en escena a una izquierda revolucionaria, símbolo de esas aspiraciones, que aparece todavía secundaria e incipiente. En ese caso, ella deberá asumir un precoz rol protagónico. Esto porque a nadie cabe dudas que la conducción política de obreros, campesinos, pobladores y estudiantes, que luchan por el socialismo, pertenecerá de modo legítimo a los que sin abandonar a las masas en esta coyuntura no han perdido oportunidad de llamarlas a prepararse para seguir una vía revolucionaria.

A diferencia de elecciones anteriores, en 1970 existe una izquierda revolucionaria cuya capacidad, es cierto, también se pondrá a prueba en el futuro inmediato, al menos en lo político.

La lucha histórica de los trabajadores por el socialismo no quedará, en consecuencia, sujeta al albur de un resultado electoral que, en gran medida, depende del aparato institucional creado por la burguesía.

El 4 de septiembre significará un impulso y cualquier análisis coincidirá en que el método de lucha, de aquí en adelante, necesariamente será revolucionario, o sea no pacífico.

El camino hacia el socialismo no estará de ningún modo bloqueado, ni la frustración será el signo de los días siguientes, aun cuando haya que encarar un fraude, un golpe o una derrota admitida.

En todo caso se habrá agotado una etapa de lucha po-

lítica, explotada hasta el máximo de sus posibilidades. Pero seguirá otra en la que ocurrirá un relevo en la dirección de los trabajadores y un cambio de métodos a fin de continuar luchando en mejores condiciones.

OPTIMISMO JUSTIFICADO

El optimismo de la izquierda tradicional tiene un asidero objetivo. Se basa en la suma de votos que alcanzaron los partidos de la Unidad Popular en las últimas elecciones parlamentarias. Hace un año y medio los partidos Comunista, Socialista, Radical y Social Demócrata obtuvieron el 42 por ciento de los votos. Habría que añadir ahora la fuerza electoral desconocida del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y de la Acción Popular Independiente (API).

Si ningún candidato alcanzara la mayoría absoluta, la designación del nuevo Presidente correspondería hacerla al Congreso Nacional, que elige entre las dos mayorías relativas. En ese evento la Unidad Popular también tiene mayoría en el Congreso si se mantiene el actual cuadro político.

El ejército, a través de su comandante en jefe, ha dicho que las fuerzas armadas respetarán el veredicto de las urnas o la decisión constitucional del Congreso.

Nada parece pues obstruir el camino hacia un gobierno que plantea "terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile" (1).

Aunque PF ha examinado algunas limitaciones del programa básico de gobierno de la Unidad Popular, no hay dudas que éste va más allá de lo que se plantearon en otra época coaliciones electorales de izquierda.

Desde luego, plantea nacionalizar un sector de actividades económicas: la gran minería del cobre, salitre, yodo, hierro y carbón mineral; el sistema financiero del país, en especial la banca privada y seguros; el comercio exte-

LA CARTA IMPERIALISTA



Por cualquiera de los dos lados, da igual.

rior; las grandes empresas y monopolios de distribución; los monopolios industriales estratégicos; la producción y distribución de energía eléctrica, los transportes ferroviario, aéreo y marítimo, las comunicaciones, la producción, distribución y refinación del petróleo y sus derivados, incluido el gas licuado, la siderurgia, el cemento, la petroquímica y química pesada, la celulosa y el papel.

También el programa plantea acelerar la reforma agraria, incluyendo los predios destinados a la explotación frutícola, vitivinícola y forestal e involucrando la totalidad o parte de las maquinarias, herramientas, animales, etcétera.

Por lo tanto un gobierno de la Unidad Popular afectará

severamente a los explotadores, comenzando por el imperialismo norteamericano que ha consolidado en Chile un enclave de proporciones (2).

LAS DUDAS

Es en este punto donde surgen dudas que oscurecen los simples cálculos electorales. De seguir el curso de antecedentes estadísticos, el 4 de septiembre tendría que ganar Allende, seguido a gran distancia por Tomic; Alessandri quedaría reducido a un distante tercer lugar. ¿Pe-

(Pasa a la vuelta)

(1) Programa básico de gobierno de la Unidad Popular, Santiago, 17-12-69.

(2) Sobre la extranjerización de la economía, ver págs. 10 en adelante de esta edición.

(De la vuelta)

ro hay seguridad de que ocurrirá de este modo?

Lamentablemente esa seguridad no existe porque, en primer lugar, el electorado del país —superior a tres millones— regularmente no toma posiciones clasistas. Aun cuando la masa electoral de los explotados es infinitamente superior a la de los explotadores, la ideología dominante pertenece a la burguesía.

Resulta pueril culpar exclusivamente a la "campana del terror", o sea a las publicaciones anticomunistas amplificadas por los aparatos propagandísticos que asesora y financia el imperialismo.

El chileno es víctima de una "campana del terror" permanente que lo acompaña desde su infancia. La educación, la religión, la literatura, el cine, la prensa, la radio, la televisión etc., forman un compacto circuito ideologizador. Su finalidad es entregar a la voracidad del sistema capitalista un hombre alienado, cuyas defensas están vencidas, dispuesto a secundar la explotación mediante la pasividad o el reformismo.

Las "campanas del terror" en periodos electorales, activan los prejuicios que subyacen en la conciencia de las víctimas del capitalismo. Sacan a flote y fijan una idea central cual es un oscuro e inexplicable temor al socialismo.

No obstante, los hechos objetivos, la declinación de un sistema cuyas grietas anuncian el desplome, coaccionan en sentido inverso. Es así como una gran masa electoral logra asumir un comportamiento lúcido y definirse en términos de intereses de clase.

Pero nadie puede asegurar que en este momento exista una situación óptima. Los métodos tradicionales de la izquierda, la conciliación y el constante frenar de las luchas de masas, han hecho lo suyo para fortalecer el espejismo de una "Inglaterra de América del Sur". En ese esquema resulta dudoso un vuelco que entregue el poder a quienes proyectan destronar a la burguesía.

Además del factor subjeti-

vo que representa la conciencia erosionada de grandes sectores de trabajadores, desarmados ideológicamente por el reformismo, hay que tener presente otros hechos que se interponen entre el pueblo y el poder.

En la escala de recursos que maneja la burguesía figura a continuación el fraude electoral. No sólo consiste en la rapiña de votos (en 1958, según el testimonio del Dr. Allende, los resultados fueron adulterados en su perjuicio). Hay que agregar el manejo de los aparatos de información. Los políticos tradicionales han acostumbrado al pueblo a creer a pies juntillas en los resultados que anuncia el ministerio del Interior. Son considerados "oficiales" y su veracidad es respaldada por la creencia —producto de esa falsa conciencia que venimos analizando— de que el gobierno es un árbitro imparcial. La verdad es muy distinta. Todo el aparato del Estado está al servicio de los intereses de la clase dominante. Por lo tanto, el gobierno no es indiferente respecto a la suerte de la clase que él representa. Verá modo de arbitrar procedimientos para impedir el colapso del sistema que lo generó y mantiene en pie.

LA VARIANTE GOLPISTA

Lo fundamental del Estado burgués, en todo caso, es su aparato armado. Se puede creer que la burguesía y el imperialismo no querrán destruir la fisonomía democrática de la "Inglaterra de América del Sur", sino en un último extremo. Pero a ese punto se puede llegar con relativa facilidad si los procedimientos "pacíficos", anteriormente reseñados, experimentan una falla.

El aparato armado de la burguesía no tolera cuerpos extraños en su seno. En los últimos meses han sido arrestados y dados de baja de las filas del ejército y la fuerza aérea numerosos oficiales, suboficiales y soldados a los que se acusó de profesar ideas de izquierda. Esto permite señalar que en los mandos existe una lealtad ideológica al sistema. En consecuencia, salvo quizás excepciones, las fuerzas armadas y

la policía estarán alineadas junto a los demás instrumentos defensivos del sistema.

El imperialismo norteamericano posiblemente está accionando sus mecanismos en algunas de las formas ya conocidas. Un estudio reciente, por ejemplo, demuestra que la ayuda militar norteamericana guarda directa relación con los acontecimientos políticos (3). "Es fácil constatar —dice el autor— que el súbito crecimiento de la ayuda corresponde claramente con el periodo de radicalización de la Revolución Cubana; que el recurso masivo a las fuentes extraordinarias de financiamiento corresponde al periodo de la campaña presidencial, cuando no se descartaba la posibilidad de un triunfo electoral del FRAP; y que el alojamiento se insinúa al día siguiente del triunfo de la democracia cristiana".

Además de la ayuda militar, donde figura entre los países más "favorecidos" por el Pacto de Ayuda Mutua con Estados Unidos, Chile también aparece entre las naciones latinoamericanas que más militares ha enviado a entrenarse a Norteamérica y Panamá: 2.613 hombres entre 1950-65, por sobre países donde existen guerrillas. En cuanto a la policía, ocurre lo mismo. La Oficina de Seguridad Pública de la Agencia para el Desarrollo Interamericano (AID), que financia programas represivos en el continente, otorga gran atención a Chile y una muestra concreta es el Grupo Móvil. Suministra equipos y adiestra oficiales en la Academia Internacional de Policía de Washington. Pero, además, ha destacado unos noventa asesores (principalmente ex-agentes del FBI) en América latina para dirigir programas de entrenamiento, lo cual incluye a Chile.

Esta preocupación norteamericana —destinada a impedir otra Cuba en el continente— tiene una razón poderosa. El Informe Rockefeller señala que la inversión directa de los Estados Unidos en la región alcanzaba en

(3) "Las fuerzas armadas en el sistema político de Chile", Alain Joxe, Editorial Universitaria, 1970.

1967 a 10.213 millones de dólares. El gobierno democristiano, en el caso chileno, ha facilitado grandemente la colonización de la economía por Estados Unidos. Incluso se ha servido del desplazamiento de rubros de las inversiones norteamericanas, originado en las conveniencias de los monopolios, para montar comedias de "chilenización". Como se sabe, el interés norteamericano se ha volcado desde la minería a las manufacturas, renglón este último que ya supera al petróleo, la inversión clásica de EE. UU.

Chile es un enclave imperialista con todos los agravantes. No sólo rinde grandes ganancias a la metrópoli por la vía de las inversiones. Es también un comprador importante cuyas adquisiciones en el mercado norteamericano llegaron en 1969 a la cifra record de 314 millones de dólares.

Nuestro país está, pues, en el radio de control diseñado por el expresidente Johnson a raíz de la invasión de República Dominicana. Esa "doctrina" destinada a combatir la "subversión comunista", ha sido reforzada por el Informe Rockefeller que el actual presidente norteamericano, Nixon, hizo suyo.

Resultaría a lo menos ingenuo creer, entonces, que el imperialismo va a aceptar resignado el duro golpe que significaría el término de sus privilegios, ingerencia y dominación en Chile.

Es cierto que el imperialismo aparece interesado en reducir las tensiones con la URSS en algunas regiones del mundo, como Europa y Medio Oriente, donde han surgido acuerdos que se ajustan dentro de la política de coexistencia pacífica. Pero mantiene viva la hoguera de Vietnam y en América latina finge aceptar la arrogante realidad de la Revolución Cubana, a la que amenaza constantemente, no cejando en su esfuerzo por hacer del continente su zona depredatoria.

El imperialismo tiene dos candidatos en la elección presidencial: Alessandri y Tomic. Este último, exembajador en Washington, donde recibió especiales muestras de confianza y distinción de la Casa Blanca, ha logrado confundir a muchos con la care-



ALLENDE: habrá que imponer su victoria.

ta de una "izquierda cristiana". En un análisis estricto se podría colegir que su postulación tiene por objeto drenar las posibilidades de la izquierda socialista. Resulta por eso desconcertante que algunos sectores reformistas de la Unidad Popular den la impresión de haber "caído" en las redes de la nueva táctica de la democracia cristiana. Se puede presumir una confluencia de reformistas a la sombra de la elección para coordinar acciones después del 4. Esta posibilidad podría darse exclusivamente con el propósito de cerrar el paso a un proceso revolucionario. Es por lo tanto una traición potencial que debe ser denunciada en sus orígenes.

El oportunismo clásico de los reformistas se pone de bulto con el visible acercamiento de esos sectores, enquistados unos en la Unidad Popular y dueños absolutos los otros de la Democracia Cristiana. Estos últimos, profítadores habituales de la "campana del terror" y de las inyecciones de dinero que el imperialismo aplica a la política chilena, han quedado de pronto libres de polvo y paja. Usaron el sencillo expediente de sumarse a la Unidad Popular para condenar las tenebrosas formas de la publicidad antisocialista que en 1964 los llevó al poder. Es imposible creer en la sinceridad de esa condena, más aun

cuando se tiene en cuenta lo que ha significado el gobierno demócratacristiano en materia de penetración norteamericana. Es notorio, por lo tanto, que se trata de una maniobra política y no resulta aventurado afirmar, examinando declaraciones del sector reformista de la UP y de dirigentes del PDC, que el punto de coincidencia se produce en la lucha contra los "ultraizquierdistas", como llaman a los revolucionarios. El interés objetivo es atajar cualquier proceso revolucionario y estructurar una alianza socialdemócrata que permita seguir engañando a los trabajadores, alejándolos de su verdadera meta.

Este panorama en que se dan las elecciones, cuando aún la alternativa armada no llega a su etapa adulta, lleva a concluir que el voto para el candidato de la Unidad Popular debe estar acompañado de la decisión de aplastar las maquinaciones de toda índole que se van a presentar.

Una equivocada dirección de muchos años, y que sólo algunos sectores han logrado romper, casi siempre al margen de los partidos tradicionales, lleva a los trabajadores a afrontar esta coyuntura sin adecuada preparación. Esto involucra el riesgo de que se consume una nueva burla. No obstante, hay una real posibilidad de convertir la actual en una coyuntura de contenido revolucionario, iniciando el combate por el poder. Es imposible prever cada uno de los giros que puede tomar la situación. Pero resulta claro que el poder no se obtendrá sin lucha y que ésta radicalizará el proceso en cualquier nivel a que se dé. Es por eso que los elementos reformistas se preparan desde ya para frenarlo. La táctica correcta debe ser por lo tanto su contrario: agrupar a los revolucionarios donde quiera que estén, sin sectarismos, tomar la dirección, encauzar el proceso y llevarlo a la victoria. No será fácil ni una tarea breve. La desproporción de recursos es grande. Pero creemos que se aproxima para los revolucionarios el momento de reclamar, en los hechos, el papel de vanguardia.